

RUSIA FRENTE A LA REVOLUCION FRANCESA

por ALAIN BESANÇON*

La Revolución Francesa plantea un doble desafío a todos los países de Europa. Primeramente, con excepción de Inglaterra, que tiene su propia revolución tras de sí, todos ellos comprenden que la revolución es una de las contingencias que podría presentárseles en el futuro. Asimismo, comprenden que como la revolución ha tenido lugar anteriormente y se conoce su desarrollo, en lo sucesivo los movimientos de este tipo ya no serán organizados con un espíritu inocente. Todo proceso orientado en este sentido será comparado y evaluado, con angustia o esperanza, de acuerdo con el formidable precedente francés.

El caso de Rusia está determinado por ciertas particularidades (dimensión, situación periférica, historia), que en su mayoría pueden incluirse dentro de una sola categoría: el desfase cronológico respecto de las condiciones del suceso revolucionario francés. En efecto, Rusia se encuentra —porque ella se ha situado ahí voluntariamente— en la misma línea histórica de Francia, sólo que con un enorme retraso. Durante largo tiempo Rusia había constituido una realidad heterogénea con relación al mundo europeo, pero la voluntad de Pedro el Grande la incorporó a él definitivamente. Tanto la Europa de los reyes como la de las Luces tomaron nota de ello. Sin embargo, Rusia se encuentra inicialmente en la periferia más alejada. Su agricultura, su artesanía y su literatura son las más pobres de toda Eurasia. Su sociedad es la más simple: una clase de vasallos y una nobleza aún comprometida en el servicio del Estado. En 1789, a diferencia de Alemania Occidental o de los Países Bajos, en Rusia no se asiste al fin de un Antiguo Régimen. Al contrario, los rusos se esfuerzan por crear este Antiguo Régimen, que para ellos representa el progreso, y que acaba por nacer precisamente en 1789.

¿Cómo podría Pedro el Grande extraer el poderío militar, la riqueza y la civilización en un mundo tan indigente? Imitando las monarquías militares de Suecia y de Prusia con una brutalidad capaz de adquirir rasgos de caricatura y de atrocidad. Devolviéndoles las tierras a los nobles, para proporcionarles algunos recursos. Obligando a estos nobles a recibir rudimentos de educación. Movilizando a los sacerdotes más capaces y a toda la nobleza para que ocupen cargos de responsabilidad en el ejército, en la administración, en el gobierno central y local.

De este modo, en menos de un siglo el *Polizeistaat* petersburgués logró buenos resultados, al menos parcialmente. Durante el reinado de Catalina había sido posible relajar un tanto el esfuerzo estatal sin que todo volviera

* ALAIN BESANÇON: Historiador y observador político francés; autor de *La confusión de las lenguas* y *Los orígenes intelectuales*, entre otras publicaciones.

a caer en la miseria y en la inercia. Catalina no podía soñar con reemplazar el *Polizeistaat* por un *Ständestaat*; hubiera sido una medida prematura. En cambio, ella podía preparar un *Ständegesellschaft*, vale decir, una sociedad basada en "estados", o, al menos, en un "estado" que comienza a tomar cuerpo, a hacer un buen papel: la nobleza. La indiscutible convergencia entre la Rusia de Catalina y Europa se funda en la exitosa aculturación de la nobleza rusa. Ese medio millón de ciudadanos adquieren las maneras, el vestuario y las responsabilidades del gentilhombre europeo. A partir de 1762 ya no están sujetos al servicio militar. Desde 1785 no pueden ser azotados legalmente. Comienzan a gozar de un verdadero derecho de propiedad sobre sus tierras y sus siervos. Hablan una nueva lengua, capaz de crear obras literarias: el ruso de Fonvisin y del joven Pushkin. Son felices. Lo poco que Rusia conoció alguna vez de la dulzura de la vida lo hizo en el seno de la élite urbanizada de la nobleza, en el curso de esta breve generación que se extiende desde la madurez de Catalina hasta las guerras del imperio, tan triunfales y honorables. Desgraciadamente, la primavera del Antiguo Régimen ruso coincide justamente con la Revolución Francesa.

Desde ese momento, un espectro comenzó a atormentar a Rusia. ¿Cómo alejarlo? Esa fue la pregunta dominante hasta 1861. ¿Cómo arreglárselas para convivir con él? Es lo que se preguntaron los rusos desde 1861 hasta 1917 cuando su Antiguo Régimen, en un principio maduro y más tarde declinante, vio aproximarse la revolución.

¿COMO ALEJAR LA CRISIS? (1789-1861)

Desde el extremo ruso de Europa no era fácil interpretar la Revolución Francesa. Se distinguían sus grandes rasgos: la caída del rey; la persecución de la nobleza; el terror; y, por último, el trastorno de las relaciones internacionales, el cual no era tan desfavorable, ya que permitía proceder a la partición de Polonia en condiciones ventajosas, pero que también resultó estar cargado de amenazas militares; y, finalmente, desembocó en la invasión más peligrosa que Rusia había sufrido después de dos siglos. Vista desde Rusia, la Revolución es un todo que abarca igualmente al régimen imperial. En 1812, el año de la verdadera contienda (en la cual Zurich, Austerlitz y Eylau fueron batallas de reconocimiento y de avanzada) se vivió el enfrentamiento entre el adolescente Antiguo Régimen ruso y el joven Nuevo Régimen francés.

Una vez alejada la amenaza militar, persistía la amenaza política.

¿Cuáles fueron las soluciones consideradas por el Estado ruso, por la nobleza, y, en fin, por los intelectuales?

El Estado ruso, desde los tiempos de Catalina y de Pablo I, recurrió a medidas profilácticas que fueron intensificadas hacia fines del reinado de Alejandro y durante el imperio de Nicolás I. El cierre de las fronteras, la prohibición de viajar al extranjero y la censura formaban parte de las viejas fórmulas del Estado. Pero no hay que exagerar su alcance. Cuando la oposición adquirió fuerza recordó estas penurias como una pesadilla; y, por cierto, no es agradable para un profesor mostrarle a la autoridad sus apuntes, ni para

un escritor su manuscrito. No obstante, el ingreso de las ideas, de la ciencia, de la técnica y de la erudición universitaria provenientes de Europa no se interrumpió a pesar de estos obstáculos impuestos a viva fuerza; este proceso se vio favorecido por la propia actitud del Estado ruso, el cual más que nunca pretendía convertirse en el *Aufklärer* y en el *Kulturträger* de Rusia.

En efecto, el Estado ruso no pensaba que tuviera que recibir lecciones de Francia en lo relativo a incorporar al país en el mundo moderno. El modelo petroviano aún estaba en plena vigencia, y si Napoleón podía despertar algún interés era en su calidad de déspota ilustrado, proveedor de innovaciones administrativas adaptables al medio ruso según los métodos petersburgueses ya probados. Desde la perspectiva rusa, Luis XVI se encaminó hacia su perdición al echar pie atrás ante la necesidad de implantar reformas que la burocracia rusa ya había estado aplicando osadamente por espacio de un siglo. En consecuencia, Nicolás I continúa aprovechando el impulso del "Estado bien gobernado", pero con menos regularidad y suavidad, en el fondo, que Pedro; de este modo se propone él inutilizar la revolución, desarticulándola de antemano.

Por esa razón crea una red de enseñanza secundaria y superior que hasta entonces sólo existía en el papel. El liceo napoleónico y la universidad alemana son imitados con esmero y le proporcionan a los niños y al clero, respectivamente, una nobleza y una educación al estilo europeo de excelente nivel. Con Pushkin surge una literatura nutrida, en gran parte, por Voltaire, Rousseau, Walter Scott y Lord Byron. El objetivo es dotar a la administración de funcionarios competentes, y al país de una civilización a la altura de su poderío.

Sin embargo, el principal recurso para conjurar el espíritu revolucionario consiste en estabilizar el ejercicio del gobierno y de la vida social, cimentándolo en el derecho. Una vez más, en este aspecto Nicolás se sitúa en la línea de la gran Catalina, quien también deseaba tranquilizar a su pueblo y protegerlo contra la arbitrariedad y el capricho. El solo hecho de que se eleve en algún grado el nivel cultural de la administración, y de que la red administrativa adquiera consistencia, contribuye a suavizar las costumbres. La medida esencial fue la organización de la justicia, a la cual estaba ligado el nombre de Speranski. Se abandonó la idea de crear un código, pero la clasificación sistemática de las leyes en el *Svod*, compuesto de quince volúmenes, permitió introducir conceptos jurídicos adaptados del modelo prusiano y del francés. En lo sucesivo, la administración y las cortes de justicia dispondrían de un marco estable y sólido que respondía a una idea general de legalidad, de permanencia y de derecho. Las confiscaciones, tan frecuentes en el siglo XVIII, se tornaron excepcionales. La noción de contrato se precisó, de modo que la economía moderna llegó a ser jurídicamente factible.

Nicolás puede pensar que controla el fenómeno revolucionario por todos los extremos. No es conservador, ya que impulsa vigorosamente el sistema petroviano, que ha sido y sigue siendo, en el contexto ruso, un modelo revolucionario, o, en todo caso, modernizador. Tampoco es tiránico, como lo eran Pedro el Grande y Napoleón, pues le otorga a las clases sociales no sometidas mayor seguridad y más garantías de las que jamás han gozado.

En último término, esta política ha demostrado su eficacia porque Rusia ha sido capaz de aplastar al mayor conquistador de los tiempos modernos, y porque dentro de la Europa de los tratados de Viena, Rusia ocupa el centro del dispositivo de seguridad de los antiguos regímenes. Esta victoria le permite abstenerse de apelar a las arriesgadas reformas que debieron adoptar Prusia y Austria, principalmente la eliminación de la servidumbre.

Pese a todo, subsisten algunos motivos de inquietud. El incidente decembrista demostró que, desde el seno del Antiguo Régimen, desde el seno de la nobleza privilegiada, podía surgir una mezcla de revolución palaciega, a la manera del siglo XVIII, y de romanticismo de izquierda posrevolucionario, a la manera española o italiana. El estilo burocrático y militarista adoptado por el gobierno aumentó la brecha existente entre la élite de la nobleza y el Estado. La solución consiste entonces en rellenarla con el nacionalismo.

El nacionalismo es el gran empréstito solicitado por los antiguos regímenes a la Revolución Francesa porque, convenientemente modificado, puede volverse en contra de la revolución.

El “nacionalismo oficial” de Nicolás y de su ministro Ouvaroff, que se enuncia como: “Autocracia, ortodoxia e idiosincrasia del pueblo (*narodnost*)”, no sólo insiste en la unión orgánica que, en Rusia, vincula al Zar con todos los “estados” de la sociedad, sino que, además, señala que Rusia avanza por un camino aparte, único, distinto del que sigue Europa, y más adecuado. Con esta actitud se planteaba una peligrosa contradicción, pues la legitimidad petroviana del Estado petersburgués se fundaba precisamente en su capacidad de “alcanzar” a Europa en todos los ámbitos. Los rigores escandalosos de la vida rusa se justificaban escudándose en el retraso y en su carácter provisorio. Pero si la vía rusa era específica, era necesario o bien suprimirlos, lo cual era imposible, o bien negarlos, con lo cual se caía en la mentira generalizada. Al concluir el reinado de Nicolás dichos rigores se habían generalizado.

¿Cuál es, por otra parte, la actitud de la nobleza?

Podemos considerar como testimonio representativo de su opinión el famoso *Informe sobre la Rusia Antigua y Moderna*, enviado al Zar Alejandro por Karamzin en 1811, en el cual preconiza el absolutismo liberal. Que Rusia conserve al monarca autócrata que ha originado su gloria y su grandeza. Que este monarca, sin conceder ni un ápice de libertad política, otorgue generosamente las libertades civiles a quienes son dignos de ellas. Que se humanice el derecho penal; que se consolide la libertad personal de la nobleza y de la burguesía ciudadana; que progrese la tolerancia religiosa, y que se deje vía libre a la iniciativa privada en la vida económica.

¿Y los campesinos? La nobleza juzga que aún no ha llegado el momento de emanciparlos. Ello equivaldría a abrir una brecha en el derecho de propiedad, cuyo origen es aún tan reciente. Y, además, si se les emancipa dejarían de trabajar, se embriagarían y provocarían disturbios. Sería imposible dominarlos. La nobleza considera a la servidumbre como parte de su libertad. Lo que anima a la sociedad es el ideal de un Antiguo Régimen al estilo de Montesquieu adaptado a la situación de Rusia.

Sin embargo, a medida que el imperio de Nicolás se anquilosa, los nobles se ven obligados a profundizar su reflexión. Leen a Guizot, quien enseña que es posible extender los privilegios a las capacidades; a Tocqueville, quien señala las ventajas de la descentralización y de la autodeterminación; vale decir, de las asambleas locales nobiliarias. Pero es, sobre todo, Hegel quien inspira al primer historiador serio de Rusia, Sergei Soloviev. La evolución de la nación rusa llega a su cúlmine en el Estado, que manifiesta el espíritu de Rusia y la enlaza con la historia universal. Aún es necesario integrar la sociedad en la obra nacional, perfeccionar el estado de derecho y participar, a nivel nacional, en el concierto de la civilización.

Desgraciadamente Nicolás no adopta ninguna de las medidas anteriores, o bien lo hace muy mal, con gran torpeza y autoritarismo. Entonces Pushkin expone su último argumento: "El Estado es el único ser europeo de Rusia". La civilización en Rusia se ha refugiado sobre una balsa muy angosta: por todo el rededor se encuentran la barbarie, el océano campesino y sus imprevisibles tempestades. La autocracia es una carga pesada, pero "nos" protege.

En cuanto a la posición de los intelectuales, ella está determinada por las ideas que importan de Occidente. No son capaces de inventarlas; a duras penas pueden modificarlas y simplificarlas. El aspecto más destacado es la desaparición de la influencia francesa y el triunfo de las ideas alemanas. Del romanticismo alemán el pensamiento ruso extrajo sucesivamente dos sistemas:

—El primero es un nacionalismo teologizado, absolutamente hostil a todo lo que encarna la Revolución Francesa. Esta aparece como la catástrofe final ya anunciada por las aberraciones más antiguas de Europa Occidental: el juridismo de la Iglesia Católica, el individualismo protestante, el racionalismo postcartesiano, y, finalmente, la irreligión filosófica y el liberalismo burgués. Rusia ha salido indemne de todos estos horrores. Ella posee en la ortodoxia (reinterpretada mediante la teosofía alemana) el tesoro de la verdad. En la comunidad campesina, en el vínculo de amor que une al pueblo con su Zar, ella guarda el secreto de la política cristiana orgánica, que por sí sola podrá sanar a ese Occidente infortunado, desgarrado y sin alma.

—El segundo es el socialismo, que también se presenta como una crítica dirigida no tanto contra la Revolución Francesa como contra la sociedad de la cual surgió. Al sustraer el factor religioso, Herren traslada hacia la izquierda los valores del nacionalismo eslavófilo. La idea esencial es que Rusia ya posee una fórmula social muy superior a todo lo que Europa puede proponer, representada por la comuna rural. Herren cifra ciertas esperanzas en un Zar ilustrado que la encarnará ante el asombro del mundo; pero más tarde, decepcionado y en contacto con el mundo socialista parisiense, acoge el espíritu revolucionario.

Al morir Nicolás es necesario comprobar que el espíritu de 1789 es ajeno a Rusia, ya sea porque en vista del retraso histórico aquél ha perdido su vigencia, ya sea porque las influencias intelectuales que recibieron los rusos los haya vuelto receptivos a la crítica contra el movimiento de 1789, tal como fue elaborada en Alemania a diestro y siniestro.

¿COMO NEGOCIAR LA CRISIS? (1861-1917)

Tras las reformas de los años sesenta Rusia finalmente constituyó su sociedad. Se ha levantado el yugo de la servidumbre. La economía moderna se desarrolla con gran rapidez. Los beneficios y los perjuicios de la instrucción se propagan en todas las clases. La seguridad y la libertad de las personas es la misma con la cual se soñaba en Rusia desde hacía un siglo. El Antiguo Régimen ruso ha alcanzado su madurez. La sociedad civil, cada vez más segura de sí misma, exige participar en los negocios. En pocas palabras, la Revolución Rusa comienza tal como se inició en Francia en el siglo XVIII. Y esta vez el modelo francés es conocido por todo el mundo.

La obra se representa con tres personajes: el Estado, la sociedad civil y la *intelectualidad* revolucionaria. El primero quiere evitar los sucesos de 1789. La segunda desea el '89, pero quiere evitar el '92, esto es, el desastre previsto por Pushkin: "la revuelta al estilo ruso, absurda y despiadada". La tercera procura evitar la revolución del '89, precisamente porque desea el advenimiento del '92, y luego la utopía que se perfila más allá del '92.

Si el Estado experimentó un amplio viraje al comenzar el imperio de Alejandro II fue porque debió enfrentar una crisis de poder. El sistema petroviano había bastado para vencer a Napoleón I, pero había llegado a su límite en Crimea ante Napoleón III y la reina Victoria. Por esa razón, Alejandro II se había adelantado a los hechos suprimiendo la servidumbre y forzando a la díscola nobleza a incorporarse al mundo moderno. Organiza el Estado de derecho. Perfecciona el sistema de enseñanza secundaria y superior —aunque descuidando durante largo tiempo la primaria—. Aviva el fuego de la industrialización. En resumen, vuelve a asumir plenamente su función de *Aufklärer* dentro de un régimen de absolutismo liberal que, a su juicio, debe obtener una aprobación unánime. ¿Acaso no se encuentra a la vanguardia del "desarrollo"?

Esta conciencia de ser un gobierno ilustrado, de ser el custodio de la grandeza rusa, no lo indujo a capitular ante las fuerzas sociales que él mismo desarrolló y organizó con tanta energía. Desea conservar la iniciativa. No piensa que los grupos sociales puedan adoptarla, y que su dinamismo competitivo y versátil pueda contribuir al bien común. Conserva su afición a los métodos burocráticos, que en Rusia no se distinguen fácilmente de los métodos militares. Asimismo, si debido a su aspecto de monarquía militar el Estado ruso bien gobernado está abierto a la gestión racional, es también una monarquía de derecho divino. El emperador petersburgués es, además, el Zar ungido en Moscú, dualidad que no se diferencia tanto de la observada en la monarquía francesa durante los reinados de Luis XV y Luis XVI. Por consiguiente, el emperador tiene sobrados motivos para prevenirse contra la devolución de su poder a la sociedad, a lo cual debió acceder Luis XVI.

Con este fin, Nicolás II se valió de dos recursos principales. El primero consistió en mantener el control sobre todos los centros de autonomía creados por él, o que surgen espontáneamente. Así, las asambleas de Zemstvo, las municipalidades, las universidades, las guildas, los "estados", los alógenos, los judíos, las empresas, los bancos y los sindicatos fueron reglamentados y sometidos a la supervisión administrativa.

El segundo consistió en marginar a la inmensa mayoría de la población del imperio: los campesinos. Ellos fueron excluidos del derecho común y estaban sujetos a una justicia especial, a un código penal distinto. Sólo recibieron un grado de instrucción muy mezquino. Mientras que en los inicios de la era Meiji, Japón procuraba generalizar la instrucción primaria, en Rusia fue necesario esperar hasta comienzos del siglo XX. La cuestión decisiva fue que los campesinos no tenían acceso a la propiedad privada, o se les otorgaba con grandes dificultades. La tierra pertenece al municipio. Los campesinos viven bajo la tutela de la administración y de la organización comunitaria asfixiante, que excluye toda conciencia jurídica, que destruye la personalidad. Según la opinión de Nicolás II, de este modo el Estado ruso creaba para sí una reserva patriarcal, cristiana, consagrada al trono, y protegida contra el liberalismo, el dinero, la proletarización, y todas esas lacras provenientes de Europa y ajenas por naturaleza al espíritu ruso.

La Revolución de 1905 destruyó este sueño. Con todo, el Estado ruso se restableció provisoriamente, pero adoptando dos direcciones contradictorias. Desde el punto de vista político, se esforzó por imitar el ejemplo de Bismarck. Por lo menos esa fue la política que, de un modo relativamente consciente, aplicaron los dos últimos ministros inteligentes del Antiguo Régimen. Witte proporcionó a Rusia una constitución de estilo prusiano que asignaba al emperador, a la burocracia y al ejército una función de árbitro, pero que ofrecía a las clases medias cierto margen de acción y de expresión. Por su parte, Stolypin eliminó, pero demasiado tarde, el régimen de excepción para los campesinos, permitiéndoles por fin ser sujetos de derecho en plenitud y empresarios individuales.

Sin embargo, el compromiso dinámico que asociaba, como en el Imperio Alemán, a un Antiguo Régimen con una sociedad dedicada a sus negocios, y que sublimaba en el nacionalismo sus frustraciones políticas, ese compromiso que debía provocar un cortocircuito en la revolución no tuvo éxito. Efectivamente, el último destello de *Polizeistaat* al estilo ruso se vio opacado por una evolución de la monarquía en un sentido diametralmente opuesto. La corte y el Zar no aplicaron ni comprendieron el proyecto de los ministros. Se sumieron progresivamente en un ensueño neoeslavófilo, en una utopía vagamente rasputiniana, en una política de camarillas en la cual el Estado se descompone lentamente y pierde su legitimidad petroviiana sin recuperar, desde luego, su legitimidad moscovita.

¿Era evitable esta ofuscación? Si bien Nicolás II no era un hombre inteligente, cabe advertir también que las condiciones no eran tan buenas como en Alemania. Bismarck había aplastado a Austria y luego a Francia, en tanto que Rusia había sido vapuleada por Japón. El Imperio Alemán era nacional, mientras que el Imperio Ruso era multinacional. El partido revolucionario era tan radical que era dable esperar que después del '89 siguiera inmediatamente el '92. En definitiva, el gran "truco" bismarckiano, que consistía en valerse del sufragio universal y de una fuerza conservadora, fracasó completamente en Rusia. Los campesinos votaron por la izquierda.

El segundo actor de la obra ya no es sólo la nobleza sino también la "sociedad", las clases instruidas con el espíritu europeo, los diplomados, los competentes, los ricos.

Esta sociedad siempre había sido liberal en lo referente a sí misma. A medida que adquiere mayor fuerza, ella transita lentamente desde el absolutismo liberal hacia el liberalismo constitucional. En efecto, ella no deja de crecer, incluso durante el régimen antiliberal pero modernizador de Alejandro III. En los últimos años del período anterior a la guerra ella está madura para asumir el poder. ¿Pero cómo? Ella no ignora el veneno de salvajismo que representan el campesinado y las muchedumbres proletarizadas que se aglomeran en las ciudades. Por eso no se decide —hasta la víspera de febrero de 1917— a echar abajo la enorme maquinaria protectora del Estado ruso. Ella sentía un enorme deseo de convencerlo y, por otra parte, siempre encontró dentro de la administración y de la corte elementos “ilustrados” y “progresistas” que también deseaban esta colaboración.

No obstante, cuando en 1905 estalló la crisis, el partido Cadete, que representaba a esta sociedad, jugó a la Revolución Francesa. Como el ejército imperial no estaba totalmente disgregado, dicho partido no se atrevió a recurrir a la fuerza y no tomó la Bastilla. Asimismo, consideraba que no se podía apelar a las masas sin correr riesgos, ya que éstas comenzaban a escuchar al partido revolucionario, el cual odiaba a los Cadetes más aún que a la monarquía. A pesar de todo, intentó transformar la *Duma* en asamblea constituyente: su juramento del juego de pelota fue el “manifiesto de Vyborg”, publicado durante la primavera boreal de 1906. Pero fracasó pues la *Duma* fue disuelta.

En lo sucesivo los Cadetes procurarán no tener enemigos en la izquierda. Respecto del problema agrario, ellos fingieron adherir al programa socialista, oponiéndose a Stolypin, quien de ese modo aparecía como un verdadero liberal burgués, y a los radicales francmasones de la *Duma* que temían serlo. Sin embargo, hay que comprenderlos. Tarde o temprano el Antiguo Régimen ruso tenía que sucumbir. Si la sociedad civil quería gobernar debía impedir que las masas cayeran bajo el influjo del tercer actor, el partido revolucionario, y, por tanto, necesitaba figurar un poco más a la izquierda de lo que habría deseado. ¡Ay!, ¡si el gobierno comprendiera...!

La *intelectualidad* radical, que se consolidó gradualmente hasta formar el partido revolucionario, se opone tanto al Antiguo Régimen ruso como al Nuevo Régimen franco-inglés y, por cierto, al compromiso prusiano, austriaco o ruso, si llega a existir. Frente a la Revolución Francesa sostiene una posición decididamente crítica, pues ha conducido al resultado desastroso en que según ella se encuentra la sociedad burguesa liberal. En este aspecto existe una opinión unánime compartida por populistas y marxistas de todos los credos.

De tal manera que su objetivo político consiste en destruir el Estado ruso y a continuación —o simultáneamente— aniquilar la sociedad civil que es candidata a la sucesión. Su conducta política concuerda con esta visión teórica. Hace todo lo que está en sus manos para impedir cualquier entendimiento entre el Estado y la “sociedad”, y apremia al Estado para que aparezca tan represivo y reaccionario como sea posible, forzándolo así a “desenmascarar” su verdadera naturaleza. Al mismo tiempo, ella se esfuerza por comprometer a los partidos moderados, denunciando sin tregua su colusión con el poder, “desenmascarándolos” ante la vista de las masas. Toda la vida

política consiste en esta competencia entre los moderados y los revolucionarios frente al mundo obrero y al campesinado; los revolucionarios están interesados en que la suerte de aquellos sea sumamente penosa para que así puedan abrir finalmente los ojos ante el sistema del mundo liberador que ofrece su doctrina. Por ende, serán simultáneamente reaccionarios y revolucionarios, con el fin de desacreditar al “reformismo”.

Pese a lo anterior, hay una etapa de la Revolución Francesa en la cual los revolucionarios rusos se dividen: el terror.

En principio, los populistas y los socialdemócratas lo condenan. Unos y otros permanecen fieles a la crítica marxista del terror y de la dictadura inútil, perjudicial, contraria a la voluntad democrática y a la capacidad de autogestión de las masas. La futura revolución será un proceso calmado. La inmensa mayoría del pueblo gobernará por sí sola y para sí misma, y provocará por este motivo la alegría de las clases desposeídas, que no tardarán en incorporarse.

Sin embargo, fue Rusia la que inventó el terrorismo moderno: la política terrorista, con un objetivo escatológico indefinido, que tiende a exasperar la represión estatal y a conmocionar a la opinión pública; la técnica terrorista, con la formación de células clandestinas compartimentadas, de un ala semilegal apta para explotar las simpatías; el refugio fuera de las fronteras; la infiltración de los servicios policiales; la larga preparación de los atentados. Este terrorismo vivió dos momentos importantes, a fines del imperio de Alejandro II y durante la Revolución de 1905-1907. Pero ya en una época muy temprana habían aparecido sus teóricos, ya que puede reclamar el patrocinio del decembrista Pestel, de Bakunin, de Natchaev y de Tkatchev. Según su concepción, que tiene cierto grado de exactitud, el Estado ruso es, de hecho, un Estado débil; la sociedad rusa carece de consistencia y de vigor y, por tanto, existe un vacío provisorio que un grupo de conspiradores resueltos es capaz de llenar. El partido revolucionario no esperará hasta obtener la aprobación de las masas, sino que tomará el poder y aplicará dictatorialmente el programa revolucionario, que corresponde a un comunismo al estilo de Babeuf o de Blanqui, expresado en lenguaje marxista.

Lenin fue acusado frecuentemente por sus adversarios de ser un tkatcheviano, un blanquista ruso. Eso no es exacto. El ideario de Lenin está fundado en la armonía preestablecida entre el partido revolucionario y las masas, de tal manera que no importa lo que haga aquél, siempre cumplirá la voluntad consciente o inconsciente de éstas. Tal ficción estaba sólidamente arraigada gracias a la ideología, de suerte que Lenin pudo condenar enérgicamente el blanquismo y presentarse como el único demócrata consecuente. Pero ella le permitía elogiar no sólo a los terroristas rusos de la *Zemlia i Volia*, de la *Narodnaia Volia*, sino, además, a los jacobinos franceses, a nuestros Marats y Robespierres. El precedente invocado del terror francés fue, antes de la toma del poder, como una promesa, y después de la toma del poder como una justificación del exterminio.

Al destruir al Estado, al arruinar a la sociedad, al desorganizar los partidos populistas y socialdemócratas, la guerra de 1914 dio su oportunidad a Lenin, quien supo aprovecharla. La Revolución Rusa, que desde 1861 pare-

cía seguir paso a paso las etapas clásicas de la Revolución Inglesa y Revolución Francesa, súbitamente giró hacia una dirección desconocida y atravesó hasta el otro lado del espejo.

En suma, Rusia había iniciado su revolución en 1905 con algo de atraso respecto de Alemania y Austria (1848), de Japón (1868), y de España (pongamos 1873). Todos estos países llegaron a transformarse, luego de muchos contratiempos, en “regímenes modernos”. Sólo Rusia, por haber querido ir más allá de la Revolución Francesa, todavía no ha llegado a esa etapa.

Dos observaciones para concluir:

1.— La interpretación propuesta supone (actitud contraria a toda mi filosofía) que existe una suerte de curso inevitable de la historia, al menos para hacerla pasar del Antiguo Régimen al Nuevo Régimen. Todos los Estados europeos han atravesado esta crisis. Puede hablarse de un modelo clásico a propósito de la Revolución Inglesa y de la Revolución Francesa, porque estos sucesos ocurrieron cuando las condiciones llegaron a un período de madurez y sin interferencia externa. Aun cuando las conquistas napoleónicas evitaron la revolución en Bélgica, Holanda, Suecia, Alemania Occidental e Italia, aportaron los resultados de ésta —al menos algunos de ellos— en dichos países.

La Alemania de Bismarck, la Austria de Francisco José, y España, llevaron a cabo su revolución bajo la sombra y el temor de la Revolución Francesa; y, en cierto modo, actuaron demasiado tarde. Por esta razón, el proceso adquirió un sesgo dramático y sólo concluyó en 1918 para Alemania y Austria —tal vez sea preciso decir que en 1945—, y en 1975 para España. Conviene señalar que tanto si se trata de Inglaterra como de España, la crisis de transición ha sido en todos los casos muy larga, del orden de un siglo de duración.

El caso ruso es más trágico. Efectivamente, debido a su “retraso” y paralelamente al hecho de vivir al ritmo de Europa, Rusia se encontró como atrapada en una coyuntura cronológica catastrófica. A fines del siglo XVIII los rusos habían creado con gran sacrificio para sí un Antiguo Régimen completamente renovado. Normalmente esta etapa debía durar algunos siglos. No obstante, apenas había nacido este Antiguo Régimen aún marcado por toda suerte de arcaísmos y de imperfecciones, cuando Rusia se vio conminada a transitar hacia el régimen moderado. Esta intimación cada vez más indignada no emanaba sólo de Europa Occidental, que había concluido su proceso revolucionario, sino también de Europa Central, que se consideraba más civilizada y más liberal. Debido a esta constante presión, el Antiguo Régimen ruso “se modorró antes de madurar”, para retomar la fórmula de Joseph de Maistre. Ese es uno de los motivos por los cuales el Nuevo Régimen no pudo nacer a partir de su derrumbamiento. Esta catástrofe cronológica, la imposibilidad de alcanzar el “momento oportuno” (el *Kairos*) se reprodujo con la apresurada descolonización de África.

2.— La confluencia entre la Revolución Francesa y la Revolución Rusa ocurrió después de la Revolución de Octubre. Confluencia artificial, pues la

Revolución Francesa sirvió, respecto de la Revolución Rusa, como una legitimación y como una falsa clave de lectura.

Lenin y Trotsky captaron inmediatamente el provecho que podían obtener si apelaban a los grandes recuerdos. El terror rojo, los tribunales de excepción, la defensa de la Revolución, la amalgama en el ejército, y más tarde los grandes procesos, se remitieron abiertamente en nuestro episodio jacobino. Se sabe que nuestra historiografía, con Mathiez y Soboul a la cabeza, ha ratificado esta interpretación.

En consecuencia, el desarrollo de la Revolución Francesa fue aplicado al de la Revolución Rusa por reciprocidad. Desde hace setenta años esperamos la llegada de Termidor (la Nep, el joven Stalin, el Stalin de la Guerra, Jruschov, Gorbachov) o de Napoleón (Trotsky, Stalin, los "militares", etc.). Es una actitud común la de querer domesticar lo nuevo y lo desconocido retrotrayéndolo a una experiencia antigua y dominada.